

ha hecho, con acentos de una robustez y una veracidad inimitables, la loa del Mediterráneo, sobre todo, y de sus gentes rudas y sencillas, y del estival retozo de sus playas y la brega perenne de sus costas. A veces, como aquella mañana de abril en que yo le conocí, hacía su visita a la naturaleza interior. Pintaba entonces los jardines del Prado, con sus senderos acribillados de sol que se cuele por entre la trama del follaje, o bien los foscos aldeanos de Castilla—no a la manera sombría y crítica de Zuloaga—, sino atenido, como siempre, a la iluminada verdad exterior, pero traduciéndola con asombroso verismo. Otras veces, recluso en su taller del Paseo de Martínez Campos, hacía por enésima vez los retratos de su mujer y de sus hijos, ejecutaba los pedidos de Mr. Huntington, pintaba efigies próceres o decoraba algún alcázar opulento. Sus viajes al extranjero eran frecuentes, y uno de ellos por lo menos, el que hizo a los Estados Unidos en 1909, contribuyó no poco a redondear su fortuna y su prestigio.

Pero tanto aquellas visitas—visitas de cumplido—como estas andanzas forasteras, no eran más que paréntesis ingratos a que obligaba el oficio. Fuera de Valencia, Sorolla parecía sacado de su natural elemento. La nostalgia del Levante natal, las brumas de cielos menos intensos, de mares menos azules que los del Cabañal y de Jávea, nublaban su espíritu. Domenech nos cuenta la confidencia de un amigo en las Grafton Galleries:

No había manera de retener a Sorolla un día más en Londres—decía—; el fin del mes de junio se acercaba, y él sentía ya el ansia de su playa valenciana. Si hubiera permanecido aquí un día más, se habría enfermado.

Y es que Sorolla detestaba por temperamento todas las ficciones, desde la de la ciudad, hasta la de la pintura literaria. Este naturalismo suyo, esta manera como si dijéramos fisiológica, no-intelectual, de mirar a la vida ha de tenerse en cuenta para la apreciación justa y definitiva de su arte. Temperamentos habrá, fantaseadores o librescos para los cuales esa visión sea demasiado somera, esa traducción poco interpretativa, ese arte algo vacío; pero la pura y simple naturaleza también tiene su elocuencia para el espíritu, y cuando se la copia con el optimismo risueño de Sorolla, suscita en el ánimo una edificante emoción de sanidad y grandeza, de plenitud y equilibrio.